

EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 353

50 cts.



**HERMANOS
DE ARMAS**

por
**Mary Astor
William Boyd
Louis Wolheim**

NUMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

MILESTONE, Lewis

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración { Teléfono 4425 A

Año VII

BARCELONA

N.º 353

Hermanos de armas

(TWO ARABIAN KNIGHTS, 1927)

Adaptación cinematográfica de una novela de
Donald Mc. Gibeny

Principales intérpretes:

William Boyd, Mary Astor, Louis Wolheim

Producción de

United Artists

Exclusiva de

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla Cataluña, 60 y 62 - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de LIL DAGOVER



Hermanos de armas

Argumento de la película

¡Pif!... ¡Paf!... ¡Bum!... ¡Bumbum!...
¡Tec, tec, tec, tec!
¿Jazz-band?

No, distinguidas señoras, bellísimas señoritas y muy respetables señores; no era una banda infernal de jazz la autora de aquel horrorísimo tiroteo, sino la guerra, la célebre guerra del 14 al 18.

Krupp y Schneider se hacían la competencia de un modo fantástico, apocalíptico.

Los cañones no se cansaban de vomitar pepinos de gran volumen, y las ametralladoras tartamudeaban sin cesar, sirviendo a unos y a otras de acompañamiento en la

sin rival orquesta los disparos de los fusiles.

La tierra y el aire hervían.

Una patrulla de soldados americanos lanzóse a la toma de una trinchera, pero en un santiamén fué mandada al otro barrio, excepción hecha de un soldado y un sargento, los cuales, para salvar su pellejo, arrojáronse locamente en un hoyo encenagado, abierto por las granadas enemigas.

El soldado raso volvió en sí, y viendo a un compañero a pocos pasos de él, con el rostro hundido en el fango, apresuróse a atenderle; pero al observar que era su sargento, le hundió de nuevo la cara en el barro, con rabia.

¡El maldito sargento!

Ningún soldado podía tragarlo, por su brutalidad y malos instintos.

El sargento, por efecto de la sacudida dada por el soldado, que respondía por Wenceslao, así como el graduado por Pedro, se recobró, y al poco incorporóse en el lodaz

zal, preguntándose, como si hubiese caído de la luna, dónde estaba.

Wenceslao le miraba con cara de pocos amigos, y al reconocerle, díjole Pedro: :

—Tratando de salvarme, ¿eh, soldado?

Su irónica pregunta equivalía, claro, a una negación, pues hartó sabía él que no era estándose quieto en un rincón, como había encontrado a Wenceslao, la mejor manera de salvar a uno que apenas puede respirar panza en la linfa que parecía lava de un volcán.

Wenceslao se encogió de hombros, sintiendo que aumentaba en él su aversión hacia el mal hombre.

Los dos intentaron asomarse al exterior del hoyo, pero los disparos de las avanzadas enemigas eran intermitentes y certeros, y cualquiera se arriesgaba a ser blanco de aquellos confites.

Hundiéndose nuevamente en el hoyo, dijo Pedro a su subordinado:

—¡Estamos fritos! ¡Nuestro fin se aproxima!

Wenceslao, despreciativo, replicó:

—¿Estás seguro de que no saldremos vivos de este hoyo?

—Prueba, si quieres. Yo me quedo, y ya veremos lo que pasa.

—¡Cobardón!

—¿Qué? ¿Cómo te atreves a insultar a un superior?

—¡Granuja! ¿No te acuerdas ya de lo mucho que me hiciste padecer durante la última marcha?

—No estoy de humor para escuchar tonterías, soldado...

—¡Grandísimo feo! ¡Al fin se ha presentado la ocasión, por mí tan anhelada, de poder aumentar tu fealdad, estropeándote el físico antes de que el enemigo nos coja!

Y sin otro aviso, Wenceslao descargó en las mandíbulas de Pedro un puñetazo capaz de resucitar a un muerto.

El sargento, cuando cesó de ver las estrellas, lanzó una blasfemia y sus ojos, rojos de ira, amenazaron terriblemente a Wenceslao.

Este, sin amilanarse, prosiguió:

—¡Levántate y lucha!

Seguro de su superioridad física sobre su subalterno, Pedro, disponiéndose a pegarle un palizón, le dijo, con sorna:

—Ya verás que mi puño no es de mante-ca, soldado.

Se liaron a golpes, y si bien recibió algunos, duros, a fe, Wenceslao, Pedro tuvo también lo suyo; y al derribarlo, por efecto de un buen directo, el soldado exclamó, burlón, en las mismísimas narices del sargento, cuya forma hacía presumir que alguien se las aplastó por malo con una maza.

—¡Te va a escocer un rato la barbilla, sargentito!

Calentados uno y otro por los golpes y por el afán de vencer, reanudaron la lucha con encarnizamiento.

Wenceslao rodó por el pringoso suelo algunas veces, y Pedro lo hizo otras veces, enlodándose completamente, como si tuvieran que tomar parte en un concurso de comparsas para figurar en las películas en

que los pasteles tiernos y las natillas tienen el más importante papel... el papel de hacer reír al público desparramándose por el rostro de los actores de poca monta.

Entretanto, el enemigo seguía haciéndose dueño de la situación, y de pronto, sostenidos por el interminable rosario de las ametralladoras avanzadas, los soldados que ocupaban la trinchera de vanguardia se lanzaron al ataque y toma de posesión de las inmediatas de los contrarios.

Wenceslao "piropeaba" de lo lindo a su sargento, mientras le atizaba cada puñetazo que clamaba al cielo, y el graduado, por su parte, babeaba de cólera ante la resistencia de su adversario, con la cual no había contado.

Estaban tan entregados a la lucha, que no se dieron cuenta de que los enemigos, rodeando de improviso el boquete donde ellos estaban metidos, los conminaban, apuntándoles sus fusiles con la bayoneta calada, a rendirse.

El oficial enemigo tuvo que gritarles, de

nuevo, por quinta o sexta vez, decidido a asarlos vivos si ninguno contestaba:

—¡Eh, amerikanos, rendíos! ¡Karakoles!

Al fin Wenceslao y Pedro levantaron los ojos y quedaron suspensos al contemplar a unos treinta "kamaradas" sonriéndoles muy afablemente...

—Nos han cogido, soldado... — dijo el sargento a su subordinado.

—Ya lo veo, sargento. Ya te dije yo, cacatúa, que saldríamos vivos de aquí.

—¡Rendíos! — gritó, sulfurado, el oficial enemigo.

—¡No faltaba más! — repuso Wenceslao—. En seguida somos kon usted, Mariskal.

Los sacaron del hoyo y se los llevaron hacia retaguardia, para mandarlos a un campo de concentración.

Y durante el camino, Wenceslao pensaba:

—Si no llegan a cogernos, el sargento sube al cielo del puñetazo que le estaba preparando.

Y Pedro:

—Suerte ha tenido el soldadito de que nos hicieran prisioneros, porque le iba a hacer tragar todo el barro del hoyo, para que fuese a visitar al portero celestial completamente purgado.

Wenceslao y Pedro pasaron de unas manos a otras, retrocediendo siempre hacia lugares sin peligro inminente, para ir acercándose al campo de concentración de prisioneros.

Las marchas reventaban a Wenceslao, sobre todo al lado del sargento, pues al ver su antipático rostro se ponía furioso.

Quando sólo faltaban unos cuantos kilómetros para llegar a destino, a Pedro se le ocurrió jugarle una mala partida a Wenceslao, y, aprovechando un momento propicio, le dió una patada en el tobillo.

Wenceslao hizo esfuerzos subhumanos

para seguir en las filas de los prisioneros, pero imposibilitado, de momento, de andar, se detuvo a un lado del camino, esperando a ser visto por el jefe del destacamento.

Cuando éste le vió en tierra, quejándose del golpe recibido, hizo detener la columna, y, comprendiendo que por sí solo el soldado no podía andar, ordenó a su compañero de fila, el sargento, que le ayudase, permitiéndole apoyarse en sus hombros.

Pedro echaba, interiormente, sapos y cullebras contra el oficial que le daba tal orden, y Wenceslao, contento con su venganza, hizo sudar el quilo a su enemigo, suspendiéndose casi de sus hombros en terreno firme, y completamente al vadear algún riachuelo.

Llegados al campo de concentración, el jefe del mismo inspeccionó a los prisioneros, haciéndoles poner en una larguísima hilera, y entre los que se contaban muchos árabes.

El citado jefe era listo como él solo. Cosa interesante que hallaba en los bolsillos de

los prisioneros, cosa que iba a parar a sus bolsillos, sobre todo si era tabaco o algo que tuviese algún valor. Sin duda hacía provisiones para cuando llegase la paz...

Al llegarle el turno a Pedro, el jefe se le quedó, con tranquilidad pasmosa, un paquete de "mixture", que constituía para el sargento un tesoro.

Tentado estuvo Pedro de enseñarle a boxear, pero como el "clima" no estaba para bromas, tuvo que coserse la boca y rabiarse por dentro. Y hasta la nariz se le hinchó de indignación, transformándosele en una patata nueva de buen ver.

Pero también calló Pedro, porque los papeles que le encontró el jefe encima no eran, precisamente, certificados de buena conducta. Uno de ellos era el siguiente:

SE BUSCA A

Pedro O. Gaffney

alias

Pedro "El Motorista"

SEÑAS PERSONALES

Edad: 40 años.

Talla: 1,78 m.

Peso: 90 kilos.

Profesión: Chofer.

Dientes: negros del tabaco.

Reclamado por abuso de confianza en seres débiles o crédulos.

Se jacta de sus hazañas.

Resistirá.

A un lado de ese papel había la fotografía del "recomendable" sujeto, y como el jefe se fijó en dicho retrato, al sargento le cupo la duda de si el enemigo conocía su idioma, pero no la de que su fotografía indicaba a todas luces que era un sujeto reclamado por la justicia. Y prefirió callar.

Después del sargento fué inspeccionado Wenceslao, su "entrañable" amigo del alma.

A éste le birló el jefe enemigo su pulsera de identidad y nada más, porque no tenía otra cosa.

Pero como tanto el sargento como el soldado estimaban mucho sus cosas, mientras el jefe se volvía para hablar con un subalterno, colocándose, pues, de espalda a los dos americanos, Pedro metió sigilosamente la mano en el bolsillo izquierdo del vivo y sustrajo de ella la pulsera de Wenceslao, y a su vez Wenceslao, introduciendo una mano en el bolsillo derecho del enemigo, se apoderó de la bolsita de tabaco de Pedro.

Y como el jefe era muy listo, según hemos dicho ya, no se dió cuenta de nada.

Después de inspeccionados, todos los prisioneros debían pasar por el baño caliente, para desinfectarse.

El departamento, denominado estufa, era un lugar donde el perfume Coty no se conocía, sino la peste de unos cuerpos que habían recogido semillas infectas de todos los campos removidos por las balas y que las iban dejando en la sala de baño general.

El jefe, considerando la graduación de Pedro, le encargó de conducir a la estufa a

los prisioneros; y el sargento, encantado con tal distinción, por el placer de mandar en Wenceslao, tomó el mando de las filas, y, acercándose a su rival le dió otro golpe con la bota en el tobillo, diciéndole, convencido de la impunidad de su delito:

—¿Cómo tienes ahora el tobillo? A ver si se te ocurrirá pedirme ayuda a mí otra vez, para reventarme llevándote a rastras.

—¡Bandido! — murmuró Wenceslao.

—¿Qué has dicho?

—¡Narices!

—¿Qué?

—¡Gorila!

—Cuando estemos solos, te despanzurro.

—¡Ja, jay!

El jefe enemigo llamó al orden al sargento:

—¿Qué hace usted parado?

—¡Voy, Gran Canciller Imperial!

Y ordenó a los prisioneros:

—¡Armas al hombro, digo, sin armas al hombro, mar!...

Los soldados fueron pasando al baño.

El sargento, que cesó en su mando allí, aguardaba su turno con Wenceslao, del que no se separaba nunca, a pesar de lo mucho que se odiaban mutuamente.

El olorcillo de que estaba saturado el ambiente mareaba al sargento, que era muy delicado de narices.

—¡Mi abuela! — exclamó, tapándose las con las dos manos— ¡Cómo huelen esos condenados de Satanás!

Wenceslao se le quedó mirando con asombro y repuso:

—¡Quien habla! Pues ¿y tú, morcilla ambulante?

—¿Qué tienes que decir de mí, lagartija?

—Que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

—Si no estuviéramos donde estamos...

Dos oficialetes contemplaban a los dos americanos. Wenceslao se fijó en uno de ellos y encontrándole muy pintoresco, digo, muy dibujable, cogió un lápiz y le hizo una grotesca caricatura.

El sargento se apoderó del papel con dicha caricatura, y contemplando ésta y al original, se echó a reír sin reservas, burlándose del oficialete caricaturizado y cuya nariz, en el papel, era algo así como un tapón de botella de champaña.

El oficialete comprendió que Pedro se estaba pitorreando de él, y aproximándosele le arrancó de las manos el papel de Wenceslao, y al reconocerse en la caricatura levantó al nivel de su rostro su bastón de montar, para descargarlo furiosamente; pero Wenceslao le detuvo el brazo y dijo, serenamente:

—Perdón, señor oficial... El autor de ese apunte soy yo.

El burlado le miró airadamente, gruñó unas palabras que los dos amigos no entendieron, pero que debían ser gordas, y lo que iba a

hacer con Pedro lo hizo con él; es decir, le abofeteó.

La sangre del americano, del hombre ofendido de obra, se agolpó en su cerebro. ¿Qué hacer, empero, si él no era nadie allí? Contestar a la agresión era pedir el traspaso inmediato a las alturas.

Marchóse el oficial, destrozando el papel dibujado por Wenceslao, y entonces se produjo una escena en la que se puso de manifiesto que Pedro, aunque no lo parecía, tenía buenos sentimientos, allá en el fondo de su alma, pero buenos sentimientos al fin, que un día u otro tenían que despertar...

—¿Me das la mano, Wenceslao? — le dijo humildemente.

—¿Yo?...

—Sí, amigo mío... Te pido la reconciliación...

—No vale la pena...

—¿La aceptas?

—Por mí...

—¡Gracias, Wenceslao! Me has defendido... y eso no se olvida.

—¡Bah! Tú hubieras hecho lo mismo en mi caso.

—Eres un buen chico. Además, nuestra enemistad no podía durar mucho... ¿No somos hermanos de armas?

—¡Claro, hombre, claro! Pero eras tan bruto, chico...

—Olvidemos eso... Uno es como es... Pero desde ahora...

—¿Amigos hasta la defunción?

—Amigos hasta reventar. ¡Ah! Te voy a hacer un regalito, para que no me olvides.

Metióse la mano en un bolsillo del pantalón y extrajo de ella la pulsera de Wenceslao.

—¡Atiza! ¡Mi pulsera! — exclamó jovialmente su dueño.

—Tuya es, y ahí va.

—Gracias, chico; y para que veas que soy agradecido, vamos a liar un cigarrillo.

Sacóse Wenceslao del bolsillo la bolsita de "mixtura" y Pedro, abriendo desmesuradamente los ojos, exclamó:

—¡Mi tabaco! ¡Gracias, alma mía!

Y se iban a abrazar, cuando unas manos como garfios se apoderaron de ellos, haciéndoles desaparecer hacia la sala del baño desinfectante, donde los dejaron como nuevecitos.



Los días pasaron en busca de un medio de huir, y las noches en espera de una ocasión de utilizarlo.

Wenceslao, que dormía en la litera del entresuelo, logró, con mucha paciencia, aprovechando descuidos de sus compañeros de cautiverio, aserrar aproximadamente un metro de varios tablones del suelo de la cabaña donde dormían, por cuya abertura, y pasando por debajo de la cabaña, circundada de nieve, podrían huir.

Aquella noche, mientras todos dormían, Wenceslao separó la parte aserrada del tablón, y ya se disponían a fugarse, cuando abrióse la puerta y entraron en la cabaña los celadores con perros policías.

Pedro, que no se había movido de su camastro, fingió dormir, y Wenceslao, cerrando apresuradamente el boquete abierto, se metió en su lecho con tiempo justo de no ser descubierto por los perros, uno de los cuales se abalanzó a él, acusándole de su tentativa de evasión.

¡Buen susto pasó el pobre Wenceslao!

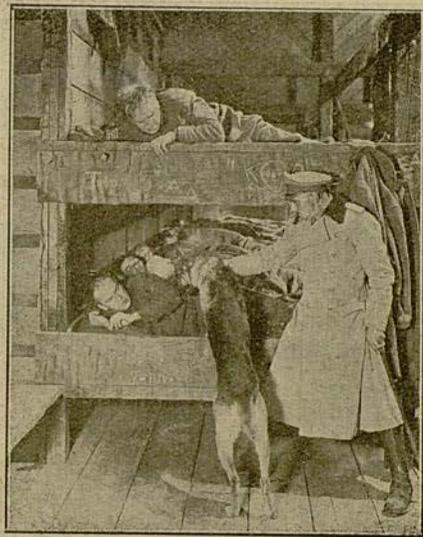
Pero el jefe, reuniéndose con el perro, observó al soldado y como, examinando el resto de la habitación, no vió nada anormal, pues él, involuntariamente, había ajustado perfectamente, con el pie, en el boquete, el trozo de tablón aserrado, marchóse con los demás celadores sin la menor sospecha.

Renacida la tranquilidad en el espíritu de los dos amigos, que estaban acostados vestidos, Wenceslao dijo en voz baja a Pedro, que se inclinó desde su camastro al de su amigo:

—Cuando todo vuelva a estar en calma, haremos otro intento.

Y poco después, cuando no se oía ya ni el más ligero rumor en la cabaña ni inmedia-

ciones de la misma, Wenceslao levantóse de nuevo, separó la parte aserrada de los tablo-

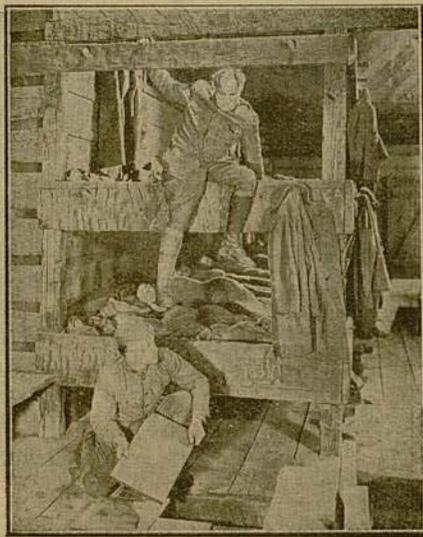


¡Buen susto pasó el pobre Wenceslao!

nes, y decidiéndose, desapareció por el boquete, siguiéndole Pedro a corta distancia.

Segundos después dos cabezas surgían de

la nieve, como si un ascensor las fuese empujando hacia arriba.



...separó la parte aserrada de los tablones...

Al levantarse se adherieron al muro de la cabaña, pero entonces vieron que sus vestidos contrastaban enormemente con la blan-

cura de la nieve y que iban a ser descubiertos en seguida por los centinelas.

La situación era ciertamente crítica, pues sus uniformes destacarían sobre la nieve como la tinta en una sábana y no había manera de esconderse en ninguna parte.

¿Deberían, pues, volver al dormitorio por el mismo camino empleado para salir de él?

La Providencia pareció apiadarse de ellos y vino en su ayuda, háciendo pasar ante ellos, en aquellos peligrosos instantes, a dos árabes.

—¿A dónde van esos fantasmas? — preguntó Pedro a Wenceslao, quien, como su amigo, también los estaba contemplando con gran interés.

Los dos árabes se dirigieron al encuentro del centinela que vigilaba la cabaña, y le hicieron unas señas que nuestros amigos entendieron perfectamente. Sí, aquellos fantasmas eran como los demás mortales y se conoce que bebieron mucho durante la cena... pues tenían precisión de visitar cierto lugar reservado...

El centinela les concedió el debido permi-

so y las dos almas en pena encamináronse a otro pabellón.

Una idea luminosa atravesó la mente de Wenceslao.

—¿Y si nos hiciéramos árabes? — dijo a Pedro—. Con un par de chilabas... Blanco sobre blanco no resaltaría.

—Tienes razón — opinó Pedro, maravillado del ingenio de su compañero.

Y no necesitando más explicaciones, siguió a Wenceslao hacia el pabellón donde ciertos departamentos ofrecían consuelo a los que lo necesitaban.

Naturalmente, para ello, aprovecharon la media vuelta del centinela.

Llegados al citado pabellón vieron a los dos árabes y, sin darles tiempo de encomendarse a Alá, los empujaron hacia el interior y les dieron una paliza para que se dejaran quitar las chilabas sin protesta alguna, amordazándoles y atándoles de pies y manos luego, para que no pudieran gritar ni moverse, dándoles tiempo hasta el amanecer para ponerse en salvo.

Nuestros dos amigos se pusieron las chilabas de los infelices hijos de Alá y salieron del pabellón, procurando que nadie les viese.

Con sigilo dirigieron hacia la salida del campo de concentración, pero al llegar cerca de las alambradas vieron un espectáculo que les puso los pelos de punta.

He aquí lo que ocurrió: un prisionero intentó evadirse y al ir a atravesar la cerca de alambres recibió una descarga eléctrica al ponerse en contacto sus ropas con los hilos centados. Al rumor de dicha descarga, que además de disparos echaba muchas chispas, acudieron, atraídos también por los ladridos de un perro policía, varios soldados de guardia, y el pobre prisionero fué detenido de nuevo y sería castigado cual su intento de fuga merecía.

Asustado, Pedro dijo a Wenceslao:

—¡ Me parece que nos hemos caído!

—¿ Cómo andas de ánimo? — le dijo Wenceslao, dispuesto a todo por la libertad.

—A medias, la verdad, porque no me gustan las bromas con perros ni con fuego. Es más fácil esconderse de un hombre, o de varios, como lo hemos hecho ahora, gracias a nuestras chilabas y tendiéndonos sobre la nieve, que de un perro, cuyo olfato es muy asesino.

—Pues hay que ser arriesgado en estos momentos. Adelante sin vacilar. Yo atraeré al perro mientras tú te deslizas bajo el primer cercado.

—Bueno... Ya veremos qué pasa.

Wenceslao llamó cariñosamente al perro y cuando le hubo engañado, se dispuso a huir con Pedro, levantando los alambres con unos palos, para evitar el contacto.

Pero al deslizarse bajo los hilos, los palos se movieron y alguna que otra vez, aunque ligeramente, se estableció contacto, asustándoles la mar las chispas y las leves detonaciones. También el perro se asustó y sus ladridos

pusieron la piel de gallina a los fugitivos, que pasaron, panza arriba, las de Caín.

El centinela encargado del fortín miró en dirección al perro, pero como en aquellos instantes no se produjeron más detonaciones y, gracias a las chilabas, no vió nada anormal, Wenceslao y Pedro pudieron seguir arrastrándose, ahora felizmente, contemplados mudamente por el perro, a quien el centinela, con un grito, obligó a callar.

Fuera ya del cercado, los dos árabes de sainete avanzaron rápidamente, sin más norte que alejarse de allí.

Y cuando se creían tranquilos, vieron llegar, al trote, hacia ellos, a varios jinetes enemigos.

¿ Es que iban a ir de tropiezo en tropiezo?

Buscando un sitio donde ocultarse, echaron a correr, pero de súbito el terreno cedió bajo sus pies y cayeron en un charco de agua que los cubrió hasta el cuello.

—¡ Maldita sea la Siberia! — gruñó, con voz ahogada, Pedro.

—¡Silencio!

—¡Caramba! ¡Si esto es hielo puro!

—¡Calla! Ya están aquí...

En efecto, los jinetes pasaban a pocos metros de ellos.

Wenceslao miró a su amigo, para asegurarse de que no se le iba a ocurrir hablar en aquellos momentos, y como viese que se disponía a estornudar, le hundió en el agua; y como a' emerger de ella insistía en descongestionarse el cerebro, no tuvo más remedio Wenceslao que darle un puñetazo en la melonera, para, haciéndole perder el sentido, evitar que los comprometiese.

Los jinetes se fueron alejando, y al recordarse, pasado el peligro, Pedro dijo a su amigo:

—¡Bruto! ¡Perdí el conocimiento! ¿Por qué me pegaste?

—Porque tenía que impedir que estornudaras.

—Con pellizcarme la nariz...

—¡Pellizcarte la nariz! ¡Pero si no es posible!... ¡Todo es ancho!

—Bueno, bueno... ¿Qué hacemos?

—Lo que te dé la gana.

—Pues... vamos a seguir explorando este nuevo Polo.

—Vamos... Como no tenemos otra cosa que hacer... imitaremos a Amundsen.

—Te felicito, chico... Eres un tío en botánica.

—¡Y que lo digas! En eso de beber vino, me pinto solo.

Siguieron andando y bromeando, a pesar de que todavía no habían salido de las inmediaciones del campo de concentración y no sabían cómo lograrían luego huir de aquel territorio enemigo, y he aquí que al torcer un camino vieron a escasa distancia de ellos, avanzando por el camino paralelo, un destacamento de prisioneros árabes conducidos por soldados enemigos.

—¡Carambola! — rugió Pedro.

—¡Estamos perdidos, pero no! — exclamó Wenceslao.

—¿Cómo que no?

—No digas nada y copia de mí.

—¿Qué vamos a hacer? No nos es posible retroceder, pues nos han visto.

—¡Prudencia! Ya están aquí. Unámonos a ellos.

—¿Qué? Pero...

El destacamento de árabes estaba ya a la altura de ellos, y fingiendo haberse separado de las filas para necesidades inaplazables, Wenceslao y Pedro se colocaron a la cabeza del destacamento, y, con la mayor frescura del mundo, echaron a andar, como si realmente pertenecieran a aquella expedición.

Los dos amigos se preguntaban si irían a parar al campo de concentración, pero como el camino emprendido no era el que ellos acababan de recorrer, se tranquilizaron un tanto, y mucho más al ver que atravesaban la población.

¿Adónde los llevaban?

¡Ah! Los iban a mandar fuera, Dios sabía dónde, pues fueron a parar a la estación.

Mientras aguardaban en la sala de espera de tercera clase, porque no había de cuarta, junto con los otros árabes, es decir, con los ára-

bes de verdad, Wenceslao y Pedro, cuyas chirlabas, por efecto del baño en el hoyo de la nieve, estaban caladas y chorreaban que era un encanto, heladas en la parte de abajo, que se remontaba como una falda almidonada, habla-



...se colocaron a la cabeza del destacamento.

ron reservadamente, procurando que nadie les oyese, para que no se descubriera su falsa nacionalidad.

—Bueno, aquí estamos. Nuestra aventura

tiene trazas de ser larga. ¿Adónde vamos desde aquí, camarada? — dijo Pedro a su amigo.

—Tengo la idea de que vamos... adónde nos lleven.

—Eso es casi seguro, chico, y, ¿qué te parece?, no creo que nos lleven al matadero como corderos.

—Hombre, ya veremos. Tú no estarías mal en embutido...

—¡Pues mira que tú, con lo salado que eres!

Se habían sentado sobre una mesa, pero como ésta se llenó de agua y sentían enfriarseles cierta parte de su cuerpo, pusiéronse en pie en el suelo, impacientándose ante la tardanza en partir, ya que consideraban que estarían más seguros en el vagón que en la estación.

Llegó un jefe. Wenceslao y Pedro procuraron apartarse de él, para que no se fijara en ellos, no fuera a descubrir que no eran mahometanos, sino un par de frescos; pero por más que lo intentaron no pudieron sustraerse a su observación, comprometidos por el persistente chorrear de sus respectivas chilabas.

—¿Qué es eso? — díjoles el jefe, por señas, además de en su idioma, del que nuestros amigos no entendían ni una palabra.

—¿El qué? — preguntó Pedro, siguiendo la dirección de las miradas del jefe—. ¿Se refiere usted a la mojadura? Pues...

—No digas nada — le murmuró Wenceslao—. Ese tío se cree otra cosa.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! — siguió diciendo el jefe.

Y añadió, en su idioma:

—¡Eso está prohibido, puercos!

¡Nada, que el jefe se había creído que la mojadura no era consecuencia de un baño, sino de... otra cosa!

¡Los hay mal pensados!



Como todo llega en este pícaro mundo, a nuestros amigos los metieron, junto con sus, aparentemente, hermanos de raza, en un vagón

de carga, hacinándolos en él como una mercancía cualquiera, sin valor, sin peso, pero con mucho olor. ¡Demonio, sí olían!

—Esto es el infierno — decía Pedro a Wenceslao, cada dos por tres.

Pero Wenceslao meditaba, meditaba... ¿Qué nuevo rasgo de ingenio iba a dar?

El tren seguía devorando kilómetros, mientras nuestros amigos bostezaban como si no hubieran comido durante un mes.

De pronto Wenceslao se destapó otra vez, y enterando de su plan a su amigo, prendió fuego en unas pajas del vagón, y, aprovechando la confusión que se armó al gritar "¡Fuego! ¡Fuego!", abrieron la puerta del vagón de carga, y suspendiéndose ellos de la citada puerta, que era corredera, al abrirse, apartándose hacia uno de los lados exteriores del coche, la volvieron a cerrar, pero con la aldaba exterior, y se vieron libres encerrando a los demás dentro.

Y antes de que pudiera darse la señal de alarma, los dos temerarios amigos se lanzaron, aprovechando la situación elevada del tren en aquella parte del camino y la feliz

ocurrencia que tuvo un carretero, cuyo carro estaba cargado hasta los topes de heno, de pasar en aquel momento por el camino bajo, se lanzaron sobre el carro, no haciéndose el menor daño por caer en sitio blando.

El carretero no se dió cuenta de nada, pues al notar la consiguiente sacudida que produjo la caída de los cuerpos de los dos amigos, creyó que el carro había saltado unos baches profundos.

Escarbando prestamente, Wenceslao y Pedro lograron desaparecer entre el heno, y pudieron, para respirar libremente, colocarse, en el fondo, de cara a la reja de la parte delantera, desde la cual podían ver perfectamente, sin ser vistos, cuanto pasaba en el camino.

El carro se encontró pronto en la población.

—Malo, malo... Ya me está mareando a mí tanta gente y tanta calamidad como nos está pasando. ¡Qué rabia tengo! — murmuraba Pedro, dándose a todos los demonios.

—No te sulfures, hombre... Reflexionemos... Haz como yo...

—Pensando, pensando, podemos llegar a la China...

—¡No seas impertinente! ¡De no ser por mí, no estaríamos donde estamos!

—¿Pero es que tú sabes dónde estamos?

—Suframos con paciencia... Después del purgatorio viene la gloria.

El carro se detuvo en el muelle de la población.

—¡Pero si nos van a embarcar! — dijo Pedro, asustado—. ¡Ay, ay, ay! Salimos de un infierno y caemos en otro peor.

—Espera, hombre, espera...

Pero no tuvieron tiempo de esperar... Sin sospecharlo, una grúa levantó la caja del carro y la descargó en las bodegas del barco, que iba con destino a la Arabia.

Cuando pudieron salir a flote de la montaña de heno que les cayó encima, los dos amigos se dieron masaje a los pulmones, para recuperar la respiración perdida, y se consultaron con la mirada.

¿Qué iba a ser de ellos si los descubrían?

¿Habrá soldados en el barco?

Escondiéronse hasta que zarpó el vapor, y cuando resolvieron arriesgarse a inspeccionar un poco la embarcación, fueron descubiertos.

—¿Qué hacéis aquí? — les dijeron de mala forma unos hombres, a los que ellos entendieron porque no podían preguntarles otra cosa, aunque fuera en esperanto.

—Nosotros viajar mucho, ser muy amantes del mar — dijo Wenceslao, quien, como Pedro, ya no lucía la chilaba de árabe, sino su limpio uniforme, limpio porque pudieron lavarlo en el campo de concentración.

—Vengan a ver al capitán. Ya les arreglará él las cuentas, amigos.

Inmediatamente los condujeron a presencia del capitán, que, afortunadamente, era un tío, más bruto e ignorante que otra cosa, pero al menos neutral.

Los dos amigos le saludaron muy ceremoniosamente, y díjoles el capitán, en compañía del sobrecargo:

—Americanos, ¿verdad?

Se expresaba en inglés de modo bastante inteligible, y Pedro contestó:

—Nada de eso... Somos chinos.

—¡A mí, no!

—Míreme usted bien la cara.

—Por su cara he adivinado que son ustedes americanos.

—¡Qué maravilloso! ¿Lo llevamos escrito?

—Su nariz no puede negar que recibió un puñetazo, y eso es muy americano.

Wenceslao se partía de risa.

—¡Ja, ja! Es usted listo, capitán.

—¡Bueno, pollos! ¿Cómo habéis venido aquí?

Pedro se rascó la cabeza y cedió la palabra a Wenceslao:

—Mi compañero contestará.

—Pues... — dijo Wenceslao — hemos venido juntos.

Y le tocó a Pedro el turno de troncharse.

—¡Ja, ja! ¡Qué salida! Y es verdad, pues juntos hemos llegado.

Amoscado, el capitán contestó:

—¡Pues *juntos* iréis a la cárcel!

Se imponía un arreglo, y Wenceslao lo encontró: sacó de la suela de un zapato, que

servía de caja de caudales en ocasiones, unos billetes, y pagó su pasaje y el de Pedro al capitán.

—Eso es hablar correctamente — dijo éste embolsándose el dinero—. Yo soy amigo de los amigos. Nadie les molestará aquí.

—Eso queremos de una vez... que nadie nos moleste — manifestó Pedro—. Y, si desea usted ser muy amable conmigo, ¿quiere indicarme dónde está la cocina, porque me caigo de hambre?

—Sí, hombre, ¿cómo no? La cocina está ahí, a la derecha, torciendo a la izquierda.

—¿Derecha e izquierda? ¿Pero estamos todavía en el ejército?

En aquel momento varios tripulantes dieron gritos de espanto.

¿Qué ocurría? ¿Se había suicidado el cocinero?

No. El caso era que un barco de recreo acababa de naufragar a pocos metros del barco en que iban nuestros amigos. Los tripulantes de aquél cayeron al agua y hacían gestos

desesperados a los de éste para que acudiesen a salvarles.

Pero nadie se decidía a mandar socorro, y el capitán del barco se limitaba a gritar:



...y pagó su pasaje y el de Pedro.

—¡Hay que salvar a esa gente! ¡Hay que salvarla!

Pero no daba una orden concreta. Que los salvarsen los demás, porque él no estaba para aquellos trotes.

Los tripulantes del barco, como el capitán, no hacían sino gritar:

—¡Pobres! ¡Se van a ahogar! ¡Hay que salvar a esos náufragos!

Y los contemplaban, desde la borda, luchando desesperadamente con las olas, no arriesgándose ninguno a aportarles su ayuda personal.

—¿Cómo no salta nadie para socorrerlos? — dijo, indignado, Wenceslao.

—Deben temer el agua fría — repuso Pedro.

Y, claro es, los náufragos hubieran servido de festín a los peces, si Wenceslao, tan valeroso siempre, no se hubiese arrojado al agua, dirigiéndose a grandes brazadas al encuentro de la única mujer que formaba parte de los tripulantes del barco hundido, que eran todos árabes.

Al ver llegar a su salvador, la mujer se aferró fuertemente al cuello de él, y Wenceslao se vió imposibilitado de avanzar, corriendo el peligro de ahogarse con ella.

Pedro comprendió que su amigo la estaba

pasando negra en el agua azul, y, fiando en sus excelentes cualidades de nadador, se arrojó al agua y alcanzando a la pareja la dominó a su antojo, a fin de salvarla; y el pobre Wenceslao perdió el conocimiento bajo los golpes que le atizó su compañero, para que no se le resistiera.

Generosamente, Wenceslao le había dicho:

—¡No te ocupes de mí! ¡Salva a la muchacha!

Pero Pedro se encargó de llevar a buen puerto a los dos.

Todos los tripulantes lograron ser salvados.

Pedro condujo a bordo a la mujer, llamada Mirza, cuyo rostro desaparecía, desde los ojos bajo un velo negro, y el capitán, viendo que su cuerpo era armonioso y joven, la tomó en sus brazos y la condujo a su camarote, depositándola en el lecho y anhelando que se recobrase pronto para que le tomase por su salvador.

En tanto, Wenceslao y Pedro iban a su camarote, desnudándose para poner a secar sus vestidos.

Al recobrar completamente el conocimiento, Wenceslao protestó, doliéndose de las partes interesadas por los golpes de su compañero:

—¡Maldita la gracia que me has hecho con tus puñetazos!

Sonriéndole, Pedro repuso, pensando en el refrán de "Donde las dan las toman":

—Es que pensé que ibas a estornudar.

Fué pasando el tiempo. Los uniformes tardaban en secarse. Como eran de lana...

Wenceslao, recordando el grato contacto con la mujer árabe, dijo a Pedro:

—Estoy rabiando por que se seque mi uniforme, para ir a verla.

—Igual me pasa a mí — contestó Pedro.

—¡Vamos, hombre! ¡Si ella te ve la cara, llama a Alá en su auxilio!

—No conozco a ese Alá; pero ni él ni tú me ganáis a enloquecer señoras. Además, ¿por qué, cuando ella cantaba "Tosca", haciendo gorgoritos a causa del agua que tragaba, no acudió ese Alá a salvarla?

—No seas iluso, que eso no está bien a tu edad.

Pedro calló; y cuando hacía esto era que pensaba hacer alguna de las suyas.

En efecto, entró en el cuarto de baño, donde habían sido puestos a secar los uniformes, y comprobando que tanto el suyo como el de su compañero estaban ya casi secos, cogió el de Wenceslao y lo metió en el agua de la tina, volviendo a colgarlo en la cuerda tendida para que se secaran los dos uniformes.

Luego salió a hablar con Wenceslao, para disimular, y dijo, al disponerse de nuevo a entrar en el cuarto de baño:

—Voy a ver si mi traje está seco, y me vestiré, pues ya no puedo aguantarme más las ganitas que tengo de saludar a esa ninfa.

—Yo también.

Entraron los dos en el cuarto de baño y Wenceslao se sorprendió al comprobar que el uniforme de Pedro estaba seco, mientras que el suyo chorreaba aún como recién salido del agua.

Y, naturalmente, pues no era tonto, comprendió la estratagema de Pedro.

Se vengaría.

Cuando su compañero estuvo vestido, le dijo:

—Yo sé que eres un buen hermano y que no irás sin mí. ¿Verdad que no?

—Hombre, hombre... Es que...

La tina estaba llena de agua, y para que Pedro, por las malas, ya que no quería acceder por las buenas, retrasase su visita a la huri, Wenceslao le dió un empujón y lo hizo caer en la bañera.

—¡Wenceslao!

—No te enfades, tesoro. Estamos en paz. Nos conocemos demasiado, pimpollo.

Y, nuevamente en idéntica situación los dos, Wenceslao y Pedro esperaron en su camarote el momento de ir, juntos, a saludar a la mujer salvada por los dos. Para cubrirse con algo las desnudeces durante la espera se pusieron el capote militar.

De pronto oyeron el rumor de una conversación y fueron a mirar por la ventana del camarote al exterior.

—¡El capitán hablando con la niña! ¡Ah,

el pillastre! — exclamó Pedro—. ¡Pronto, vistámonos, no vaya a quitárnosla!

—No hay cuidado. Es tan feo como tú —



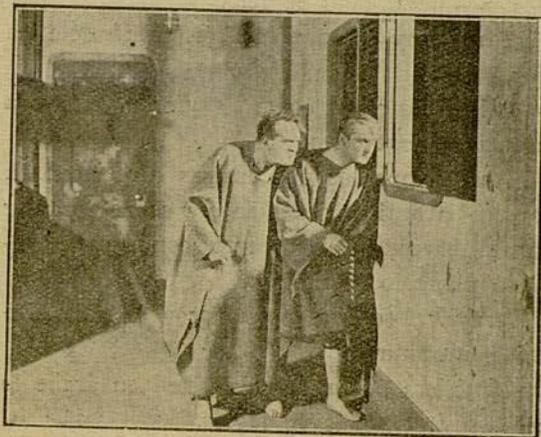
—Nos conocemos demasiado, pimpollo.

dijo Wenceslao, presintiendo que quien se iba a llevar a la hurí era él.

Media hora después, aunque los uniformes no estaban completamente secos, los dos amigos fueron al encuentro de la árabe, inferrum-

piendo la plática que con ella sostenía el capitán.

Este les miró malhumorado, pero Pedro, que no se detenía ante nada, le dijo:



—¡El capitán hablando con la niña!

—¿No cree usted que debe presentarnos a esa joven, ya que la salvamos nosotros?

—¿Para qué, si ella no entenderá el lenguaje de ustedes? — repuso el capitán.

—¡Bah! La mujer que no me comprenda

a mí, no ha nacido todavía — prosiguió Pedro. Y dirigiéndose a Wenceslao:

—Fíjate bien, amiguito, y aprenderás a no encontrarte solo en un país.

Ella sonreía bajo el velo.

Pedro, muy galante, la dijo, guiñándole un ojo:

—Si el rostro es como lo que se ve, ¡vaya un manjar exquisito!

A un tiempo los dos amigos ofrecieron su brazo a la hurí, invitándola por señas a pasear por el barco, y ella aceptó complacida, dejando plantado al capitán.

Derritiéndose por conquistar a la niña, Pedro le murmuró:

—Quisiera poder decir a usted en árabe lo que estoy pensando en inglés.

Wenceslao no hablaba, pero sus ojos suplían con ventaja a su boca, comunicándose con ellos con la jovencita. Y viendo que ella le miraba cariñosamente, dijo a Pedro, apartándole de ella:

—Tú podrás ser para esta hurí el prólogo; pero el desenlace soy yo.

—¡Que te crees tú eso!

Al día siguiente, Wenceslao quiso ver solo a la hurí, y encerró a Pedro en el camarote, pero éste, derribando la puerta, se presentó de improviso ante ellos.

En aquel momento llegó a presencia de la árabe uno de los náufragos, quien, al parecer, le dijo que le siguiese, pues ella se separó de los dos amigos con cierta melancolía.

Pedro, extrañado, preguntó a Wenceslao:

—¿Quién es ese tipo?

—Tal vez sea un eunuco.

—Su único, querrás decir. ¡Y presumo de hablar bien!

—¡No, hombre, no! ¡Un eunuco!

—Pero, ¿qué es eso?

—Eso... eso es un hombre que...

Y en voz baja le definió el significado de la palabrita.

Y Pedro, compadecido de aquel infeliz, murmuró:

—¡Pobrecito! ¡Qué desgracia! Y ¿ya lo sabe su mamá?

*
**

La travesía, con una linda pareja a bordo, era un sueño de hadas.

Los amigos vieron a menudo a la hurí, sin haber llegado a sorprenderla sin velo.

Aquella noche, decidido a conquistar a la árabe, Wenceslao escondióle los pantalones a Pedro, y, tranquilamente, fué a reunirse con ella en la borda del barco.

—Buenas noches, señorita... ¿Cómo dice que le va? Bonita noche, ¿eh? Cuántas estrellas en el firmamento, ¿verdad? Pero la más bonita, usted.

Ella fingía no entenderle, pero sus ojitos, ¡ay qué ojos!, le miraban de un modo...

Fueron a sentarse en un rincón de popa.

—¡Qué linda, pero qué linda es usted, monada!

Ella, como si le comprendiese, se cubrió, ruborizada, todavía más, con la gasa del turbante, el rostro.

—¿Por qué no se quita usted eso, angelito? ¿Por qué no me enseña usted su carita de cielo, gentilísimo demonio? Si no se des-

cubre, me cubro yo también, y va a parecer que jugamos al escondite.

La hurí se reía deliciosamente, pero se



—*Pero la más bonita, usted.*

aseguraba más y más el velo en el rostro con una mano apoyada en él.

—Voy a dibujarla a usted — prosiguió Wenceslao.

Lo hizo, y en el rostro puso un interrogante.

—Esto quiere decir que es una cosa excepcional, tan excepcional que no es fácil admirarlo.

Luego Wenceslao dibujó un Cupido, pero viendo que ella se cubría los ojos, arrebolada, le puso unos pantalones al niño ciego.

Ella, sin poderse contener ya, dijo en el idioma de él:

—Es usted un gran artista.

Wenceslao se asombró al oírla.

—Pero... ¿habla usted inglés? — inquirió.

—Sí... Lo aprendí en el colegio, en Constantinopla.

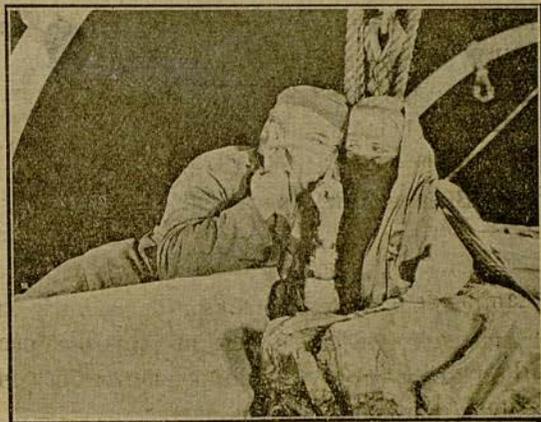
—¡Qué sorpresa más grata! Pero... ¡cuando pienso en las cosas que hemos dicho delante de usted!...

Ella sonrió, y paseando por el barco, Wenceslao, declarándose apasionadamente a la nena, logró que le mostrase el rostro; y ¡oh cielos! quedó deslumbrado.

—¡Qué bella, amor mío! — exclamó. Y dejándose llevar de la ilusión la abrazó con deleite y se besaron con pasión. La plaza había cedido al fin.

La dulce escena — dulce para ellos — tuvo dos testigos: el capitán y el servidor de la hurí, que frunció el ceño.

Wenceslao se creía en la gloria, pero Pedro,



—Si no se descubre, me cubro yo también...

yendo a su encuentro sin pantalones, le recordó que todavía estaba en este mísero mundo; y le dijo, lejos de suponer que la hurí sabía hablar inglés:

—¿Dónde están mis pantalones, granuja?

—Por Dios, Pedro, que olvidas que estás en calzoncillos delante de una señorita.

—¡ Oh! Perdón...

Y corriendo, corrido al enterarse de que la hurí era casi tan americana como ellos, Pedro regresó a su camarote, y en él supo que Wenceslao no le había escondido sus pantalones, ¡ sino que los llevaba puestos!

—¡ Ah, bandido!

—No te pese, chico. La hurí me ama.

—¡ Buen consuelo para mí!

*
**

El capitán pretendió abusar de la hurí, entrando subrepticamente en su camarote, pero a los gritos que ella dió acudieron los dos amigos, librándola de sus garras.

Indignado, el capitán, al anclar en la entrada del puerto de destino, reclamó a Wenceslao y a Pedro el pago inmediato del pasaje de la hurí y sus acompañantes, para, si no lo abonaban en seguida, tener un pretexto, absurdo, claro, para ponerlos a disposición de las autoridades del puerto.

La situación era crítica, pero Pedro, ha-

biendo visto que el sobrecargo llevaba mucho dinero encima, logró atraerlo a su camarote y le quitó su dinero, atándolo luego para que les diese tiempo de huir.

Y con el dinero robado al sobrecargo, pudo Wenceslao, que lo recibió de manos de Pedro, hacer el grande delante de su amada, pagando lo debido al capitán, quien quedó viendo visiones.

La beldad árabe dijo a los dos amigos:

—Mi padre pagará a ustedes hasta el último céntimo.

Y, a instancia de Pedro, les puso en un papel cuatro rayas, reconociendo que ellos la habían salvado y abonado el pasaje.

Poco después vinieron a buscar en una canoa automóvil a la hurí, pues ella hizo anunciar por telefonía sin hilos su llegada en aquel vapor.

En la canoa se hallaba un sujeto muy tieso, que ella dijo, con tristeza, a Wenceslao, mientras él la despedía, era el novio impuesto por la inquebrantable voluntad paterna.

¡ Volverían a verse?

¡ Los dos lo deseaban ardientemente!

Pero, ¿lo querría el destino?

De súbito, cuando la canoa se perdía de vista hacia el puerto, mientras Wenceslao seguía contemplándola desde la escalerilla de acceso al barco, Pedro, reuniéndosele muy asustado, dijo a su compañero:

—¡Mi “truco” ha sido descubierto! ¡El sobrecargo y el capitán han puesto precio a nuestras cabezas! ¡Sálvese el que pueda!

Y ¡zas! se arrojaron al agua, nadando desesperadamente hacia el puerto.

*
**

Ya en tierra firme, chorreando, como, al parecer, tenían por costumbre, los dos amigos, bostezando, pensaron en cómo se las arreglarían para comer un bocado.

No tenían ni un céntimo.

Pensaron en acudir al consulado americano. Sí, allá les darían protección, devolviéndolos sin peligro a la patria... cuando a ellos les conviniera volver.

Pero en una granja junto al camino vieron una cabra y Pedro dijo, esperanzado:

—¡Bendita casualidad! Allí tenemos nuestro desayuno.

Sobornaron al perro de la granja y acercáronse a la cabra... pero pronto se dió cuenta Pedro, al “pulsarla”, que la tal cabra no era como las demás cabras.

¡Plancha! ¡Había confundido el sexo!

Fueron al consulado, pero apenas iniciaron la entrada, quedaron estupefactos al ver con el cónsul al capitán y al sobrecargo del barco en que ellos viajaran, reclamando contra ellos por lo del robo, guardándose de decir que todo el dinero había sido restituido.

¿Adónde ir, pues, para no morir de hambre?

—A casa del padre de la hurí — dijo Pedro.

—¡No, no! Para reclamar dinero, no.

—¡Por todos los Santos, Wences! ¡Que me muero de hambre!

—Bien, sea, iremos, pero déjame hablar a mí, y ya verás cómo consigo que nos traten como príncipes.

Fueron allá. Mas, muy ajenos estaban a lo que ocurría en el palacio del padre de la hurí,

Gobernador de la provincia.

En efecto, no podían sospechar que, a instancias del novio de Mirza, el servidor que fué salvado con ella tuvo, sometido a martirio



...quedaron estupefactos al ver con el consul...

inquisitorial, que confesar que Wenceslao la había besado después de descubrirle ella el rostro al infiel.

Y el Gobernador condenó a muerte a los dos americanos sin conocerles, ordenando que

toda su guardia los buscase; y en su cólera llegó a renegar de su hija.

Esta, viendo a sus salvadores esperando ser recibidos por el Gobernador, asustóse y, llamándoles desde sus habitaciones, les arrojó un papel, en el que escribió estas palabras:

No entréis. ¡Muerte!

Wenceslao le sonrió, esperando verla pronto sin trabas con la venia de su papá; y al recoger el papel del suelo vinieron a anunciarle a él y a su amigo que el Gobernador los estaba esperando.

Guardóse el papel y dijo a su amada:

—Lo leeré luego.

Y desapareció con Pedro hacia el salón de audiencia de la primera autoridad del país, mientras Mirza se entregaba a sus terribles temores de perder para siempre a su amado.

Los dos amigos refirieron al gobernador todo lo ocurrido, y éste fingió quedarles muy agradecido.

—Bien, señores. Se les recompensará como en justicia les corresponde. Sigán a mi secretario y se les servirá una espléndida comida.

—Gracias, amigo — díjole Pedro.

Siguieron al secretario, y recordando en aquel momento el papel tirado por Mirza a sus



—Bien, señores. Se les recompensará...

pies, Wenceslao se lo sacó del bolsillo y lo leyó.

—¡Eh! — se dijo—. ¿Qué es esto?

Enteró discretamente a Pedro, y al llegar ante la puerta de una salita, la sala de los martirios, dejaron que el secretario la abriese y haciéndole el honor de entrar primero, así

como a unos guardianes, los encerraron dentro; y salieron del palacio, sin precipitarse, como si no hubiese pasado nada, por la puerta principal.

Pero en la calle tuvieron que esconderse, perseguidos por el novio de Mirza y sus tropas, consiguiendo burlarse de ellos gracias a la oportuna aparición del muezzin en la mezquita, para orar, ante cuya presencia se arrojaron todos los mahometanos, dando tiempo a nuestros amigos de huir.

Su vida estaba en peligro. Así y todo, Wenceslao determinó volver al palacio para salvar a Mirza, a la que quería con toda su alma, y Pedro, aunque intentó al principio oponerse a tan arriesgado intento, le siguió.

Y Wenceslao, introduciéndose en la cámara de Mirza, gustó de nuevo la miel de sus labios; mientras Pedro vigilaba en el jardín.

Pero el novio oficial de Mirza descubrió a su novia con Wenceslao, y, no queriendo ordenar que lo matasen, le desafió allí mismo, para que uno u otro desapareciese. Se batirían a pistola, pero sólo una tendría bala y la otra sólo pólvora.

Mirza no quiso marcharse a otra habitación y vió, con agradecimiento, que su novio ofi-



...gustó de nuevo la miel de sus labios...

cial no disparó su pistola, que era la que tenía bala, pues la disparada por Wenceslao sólo contenía pólvora.

Ante esta generosa actitud de su rival, Wenceslao dijo a su amada:

—Su hidalguía me ha conmovido. Déjame un momento a solas con él.

Entonces el novio oficial de Mirza se desmascaró: ninguna de las dos pistolas había sido cargada con bala, y ahora que Mirza no les veía, iba a hacerle matar por sus criados y lo haría desaparecer.

Pero allí, en la ventana, estaba Pedro, que había sembrado el jardín de cadáveres, lo más silenciosamente que le fué posible, y amenazando con mano armada al novio oficial de la hurí, protegió la fuga de Wenceslao, a quien aquél había dicho:

—Un coche me espera en la puerta del jardín para ir de paseo con Mirza, tu amada, que será mi esposa. Lamento darte este disgusto.

Luego Pedro desapareció de la ventana a continuación de Wenceslao; y el novio oficial de Mirza fué, un poco después, con ella, engañándola, hacia la puerta del jardín, para subir en el coche, y al hacerlo él detrás de Mirza, Wenceslao, que estaba en el interior, le recibió acariciando un revólver, y el rival optó por resignarse, cediendo el puesto al

más astuto y cerrando "amablemente" la puerta del coche.

—¿Adónde vamos, señor? — preguntó el cochero a Wenceslao.

—¡A casa, Pedro! — respondió el afortunado mortal.

Y Pedro, pues él era el auriga, fustigó a los caballos hacia el consulado americano, para ponerse bajo su protección.

Y así, maravillosamente, terminaron las accidentadas aventuras de los dos hermanos de armas.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La sentimental novela

CORAZÓN DE MADRE

por MARIA JACOBINI

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID